

montar hasta el más elevado asiento de la santidad. Esa regla estrecha y severa será espaciosa senda que os conducirá hasta el cielo: esos preceptos austeros y rigurosos tesoros mas ricos que el oro y preciosas piedras, y mas dulces y suaves que la sabrosa miel. Por último, volved los ojos á ese virginal retiro que ha de ser vuestra habitacion hasta la muerte, y cuando el mundo gime oprimido de la disimulacion, de la discordia, de la desdicha, allí vereis reinar una concordia amable, una segura paz suavizándolo todo un espíritu, una regla y un fin: *Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum.* Bañadas aquí las almas consagradas á Dios con el aceite precioso de la gracia todo les es facil y suave: *Sicut unguentum quod descendit in barbam Aaron.* Aquí ha derramado Dios sus bendiciones, y una tranquila vida libre de temores: *Quoniam illic mandavit Deus benedictionem et vitam in seculum.* Tanto como esto encierran esas dos gracias de seguridad y facilidad que habeis conseguido en el estado religioso, prendas con que podeis prometeros una eterna gloria.

SERMON TERCERO
DE PROFESION RELIGIOSA.

Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae.
Luc. cap. 1. v. 68.

Un profeta grande que nace con el alto destino de precursor de Jesucristo: un solitario contemplativo que ha de unir en su persona la inocencia mas pura con la penitencia mas austera: un niño santo de antes que nacido en cuyo nacimiento comienzan á manifestarse los soberanos misterios de nuestra redencion, es el dia de hoy el asunto de las maravillas del cielo, el pasmo y asombro de la tierra, y el objeto de la veneracion y los cultos de la iglesia santa. Acercábase ya el feliz tiempo en que un Dios humillado y abatido habia de redimir al mundo, y publicar él mismo una ley estrecha y severa: y Juan habia de ser el elocuente predicador que el Señor enviara delante de sí para anunciar la penitencia. Interesábase

mucho el cielo en el nacimiento de este santo hombre para que nos diera en él la mano omnipotente las mas raras muestras de su poder. La estéril anciana Isabel con la no esperada fecundidad de madre, el padre mudo con el uso espedito de la lengua, el misterioso nombre de Juan dictado por el espíritu del Señor pronosticaban desde entonces los gloriosos fines del nacimiento del Bautista. Pero cuando todos á vista de tan grandes portentos se llenaban de admiracion y de espanto, el dichoso viejo Zacarías, atento solo al inefable beneficio de nuestra redencion, penetrado de los mas tiernos sentimientos prorumpia casi fuera de sí: bendito el Señor Dios de Israel que así se digna redimir y favorecer á su pueblo: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ.*

Ved pues, señores, en estas palabras el feliz anuncio de aquella libertad que tanto escandalizó al carnal y grosero Judaismo que, anhelando solo á una gloria mundana y perecedera, falsamente preocupado de un Mesías temporal no quiso entender la verdadera libertad de los hijos de Jesucristo. Venia el Unigénito del padre á redimirnos y libertarnos; pero con una libertad penosa á la carne y á la

sangre que por medio de la ley soberana sujetara é hiciera la mas dura violencia á nuestra corrompida naturaleza. Venia á favorecerarnos; pero enseñándonos con su doctrina y con su vida una severa profesion de mortificaciones y asperezas. Esta es aquella irrefragable verdad de que persuadido el Bautista huyó hasta los desiertos para practicar la vida mas austera: esta la máxima fundamental del cristianismo que ha poblado las selvas y los claustros de penitentes solitarios y religiosos: y ella misma la que ha hecho formar á esta religiosa jóven la generosa resolucion á cuya solemnidad habeis concurrido en esta mañana. Muriendo hoy para el mundo nace, en cierto modo, para el cielo: y mientras que vosotros, como en otro tiempo los deudos y los vecinos de Juan, no podeis contener los varios afectos de admiracion y asombro que arrebatan vuestros corazones; ella ocupada únicamente de los beneficios del Señor comienza ya á sentir aquella dichosa libertad con que Dios sabe redimir á los suyos de la penosa carga de la ley, y visitarlos con inesplicables dulzuras: *Visitavit et fecit redemptionem.* Pero esto es, señores, lo que no alcanzan nuestras limitadas luces. Una libertad que se asiance en la

sujecion, y una ley que se aligere con la carga, un dulce placer vinculado á la mortificación es un arcano que el mundo, ó no entiende, ú oye siempre con disgusto como que él es una tácita reprehension de sus costumbres. Yo creia, quando en otras dos veces que he tenido el honor de hablar del estado religioso me he esforzado á manifestar sus ventajas, ya por la feliz posesion de los bienes mismos que renuncian, ya por la seguridad y facilidad con que en la religion se vencen los peligros y se sujetan las pasiones: creia, digo, que habia espuesto los motivos mas poderosos para formar un justo concepto de la escelencia de la profesion religiosa; pero conozco que aun quando el mundo con venga en esta feliz posesion y seguridad de una alma en la religion, una virtud tímida y cobarde con pretexto de piedad sugiere nueueos aparentes motivos de horrorizarse de un estado en que sobre las comunes leyes de un cristiano se añaden otras nuevas con los votos; y á la comun severidad y austeridad del cristianismo una especial profesion de penitencia. Por tanto en este dia para gloria de un Dios singularmente admirable en sus esposas, y para consuelo de estas mismas he querido mostraros: que el estado religioso es

el mas privilegiado de Dios por dos razones. El es un estado en que la misma obligacion y carga de los votos hace ligera la ley pesada para el mundo, y un estado en que la mortificación y aspereza es dulce y amable. Comprendad, pues, toda mi idea en estos dos puntos: en la religion la ley es mas ligera; porque la carga de las obligaciones es mayor: la vida es mas dulce; por lo mismo que parece mas mortificada.

El espíritu del Señor que dió toda la fuerza á la elocente voz predicadora de penitencia del Bautista me inspire y me ilumine por la intercesion de su esposa purísima, fuente de toda gracia. Ayudadme á pedirselo saludándola con el ángel.
AVE MARIA.

Una ley soberana que para avasallar los apetitos á la razon declara una implacable guerra á la carne y á la sangre: una ley severa y estrecha que para establecer la verdadera libertad del espíritu por medio de la cruz y la mortificación, obliga al hombre á negarse á sí mismo, es el dichoso yugo que el Redentor del mundo vino á imponer á los suyos librándolos quando mas estrechamente los sujetaba. Ley universal que sin distincion de personas y de sexos, de empleos ó calidades

obliga á todos sin admitir dispensas, ni permitir relajaciones. No hay prerogativa que exima de una ley que igualmente hace resonar sus amenazas y sus promesas en los soberbios palacios y en las humildes chozas: ni privilegio que exceptúe de un vínculo que ata no menos las manos que empuñan el real cetro, que las que arrastran el pobre arado. Pero al par que universal, ley no menos dura, penosa y amarga segun la carne. Sí, señores, por mas que queramos fabricarnos un sistema de religion á la moda que condescienda con nuestras pasiones; por mas que estudiemos en buscar interpretaciones á la ley que favorezcan nuestros desórdenes, jamas podrán concordarse la comodidad, el fausto, el placer con el verdadero espíritu de la ley de Jesucristo. Abrid el evangelio y en cada línea hallareis cruces, mortificaciones, asperezas, semejanzas y ejemplos espantosos que llenan de un santo horror. Ya es la ley de Dios un cuchillo agudo y penetrante que hiere, que destroza, que se entra á dividir el alma y el espíritu: ya fuego que abrasa, que devora y consume las mas fuertes inclinaciones: ya camino estrecho cercado de riesgos y peligros en que el menor desliz es un tropiezo, y el mas ligero descuido

principio que arrastra al precipicio. Pero ¿quién creyera que esta verdad tan formidable para el mundo tibio y relajado fuera al mismo tiempo el mas fuerte pretexto con que una piedad cobarde se disculpa para mirar con horror y con miedo el estado religioso? Si es tan severa (asi se discurre comunmente) la ley para todos, si sus cargas son tan penosas ¿á qué grado no llegará la sujecion y carga de una religiosa que lleva sobre sí, á mas de las comunes leyes, muchas otras particulares y estrechas en los solemnes votos y en tantas reglas y preceptos de su instituto? ¿Qué carga mas pesada que la de un estado en que casi á cada movimiento, á cada accion, en el menor deseo amenazan y asustan las negras sombras del pecado? Motivo justo en la apariencia; pero tan engañoso y falso, que antes por el contrario él es la raiz de la feliz libertad de una alma religiosa, á quien las nuevas obligaciones y los votos aligeran la carga de la ley pesada para el mundo.

Punto primero.

Porque no son, señores, los preceptos de una ley piadosa, justa, la mas conforme á razon los que como carga inmensa

oprimen y agovian el espíritu de los mundanos, no: la violencia de nuestros afectos que nos llevan ácia lo prohibido, los obgetos encantadores que nos cercan son otros tantos lazos que arrastrándonos al término opuesto de la ley hacen tan pesado el yugo del Señor. Gemimos bajo el insoportable peso de placeres que nos inquietan, de cuidados que nos afligen, de pretensiones que nos distraen, y oprimidos con tantas cargas, que nos impone el apetito, la mas ligera de las leyes nos parece pesada. Yo os lo confieso: dura cosa es cerrar humildemente los ojos y los oídos á la ambición cuando nos deslumbra el brillo lucido de las honras, y cuando por todas partes suenan á nuestros oídos las lisonjeras voces del aplauso y la adulacion. Carga es pesada trabajar continuamente en preservar el corazon del contagio de los placeres cuando por todos los sentidos se introduce el dulce veneno de los deleites. Dificultad la mas penosa llevar sobre sí el grave peso de las riquezas, anhelar por conservarlas y adelantarlas sin que el grueso hunto de ellas tizne y manche nuestros espíritus. Mas una religiosa, como aquella muger del Apocalipsis á quien para huir al desierto del dragon que la perseguia se le dieron dos pesadas

alas de águila corpulenta, ni siente el peso ni se agovia con la carga de la ley. Peso son á la verdad, y carga los estrechos votos y obligaciones de la religion; pero peso de alas que la hacen remontarse ligeramente hasta la cumbre mas elevada de la ley. Porque: ¿qué poco tiene que afanar para humillarse el espíritu con el abatimiento, y el desprecio, la que tiene muy lejos de sí el mentiroso hechizo de los honores y los aplausos? ¿Qué ligera es preciso que le parezca la ley que ordena la pobreza de espíritu á la que lo dejó todo en tal grado que ni se le permite poseer, ni se le hace gravoso el no tener, porque de nada le sirven las riquezas? ¿Qué dulcemente llevará sobre sí la amarga ley que prohíbe los deleites criminales quien ni ve, ni oye, ni gusta, ni trata con obgetos que fomentan los placeres hasta negarse á los mas inocentes y permitidos? Esto es no obstante, señores, no lo negaré, lo que parece la carga mas insufrible de una religiosa, y que casi llega á tocar en una obligacion cruel é insoportable. Tal es sí á primera vista privarse aun de aquello que Dios y la naturaleza han concedido, renunciar aun los derechos mas justos y honestos, y huyendo de la culpa encontrar por todas

partes aun en las acciones mas menudas y por sí indiferentes si se desliza materia de pecado. Es así, jóven religiosa; estrechásteis hasta el extremo los lazos de la profesion cristiana: lo último de la perfeccion evangélica es vuestra vocacion y vuestro destino; é imponiéndoos leyes nuevas sobre las que Dios os prescribe al paso que evitais los riesgos aumentais las obligaciones de no caer. Lo que para otros es honesto y justo, para vos es injusto y vedado: á vos se os prohíbe enteramente lo que á otros, ó se concede, ó se permite: á vos se os manda lo que á otros solo se aconseja. A los demas les intima la ley un amor ordenado á sus padres y amigos: y el vuestro le regla de tal suerte que casi habeis de olvidaros de los mismos que os dieron el sér. Manda á los otros que no se ensoberbezcan con las honras cuyo goce les permite; y de vos solo quiere que anheleis al desprecio, y os glorieis en el abatimiento. Son permitidos en el mundo ciertos placeres y gustos moderados; para vos no hay mas placer que la cruz y la penitencia. Se concede en el siglo un uso cristiano de las riquezas; en vuestra religion se desterraron con la propiedad de los bienes aun los agradables nombres de *mío* & *tuyo*.

¿Veis, señores, esta severidad de preceptos, este sumo peso de la carga, esta aparente crueldad? Pues no es todo sino una sabia industria para aligerar el yugo de la ley. Culparía sin duda el menos advertido como grosero error, enemigo del cultivo, y no es sino industria ingeniosa la de aquel jardinero que con la hoz en la mano corta, divide y despedaza una frondosa vid cuando ésta se deja ver mas pomposa y floreciente cargada de hojas y de ramas. Cuando su hermostura alegra la vista y su frondosidad franquea una apacible sombra la corta y la destroza: y arrojando por los suelos sus ramas y sus hojas no deja en ella sino un tronco desnudo, sin verdor é inútil al parecer; pero esta es una de aquellas invenciones provechosas del arte para que no divirtiéndose inútilmente el jugo en las ramas, ocurriendo todo al corazon de la vid pueda hacerla descollar, crecer y producir copiosos frutos. ¿Y cuál otra, señores, es la causa de que desfalleciendo el espíritu no halle en sí vigor ni aliento para llevar la justa carga de la ley, sino que disipado el jugo de nuestro corazon en infinita variedad de afectos, divirtiendo á otra parte nuestros deseos, sufocando las santas resoluciones, como algunos árboles de

otoño, jamas llegamos á sazonar nuestros propósitos? ¿Y no es esta la comun materia de nuestras quejas? ¿Cuántas veces en ciertos felices momentos de desengaño y de disgusto del mundo, cuando parecia que ya íbamos á dar el último paso en la reforma de la vida nos quejamos de que á pesar de nuestros deseos no le dejaron al corazon ni vigor, ni esfuerzo para la egecucion la familia y el empleo, las ocupaciones y los negocios? Mil veces por el contrario segur dichosa la de la religion que cortando con los votos las inútiles ramas de los cuidados terrenos cuando parece el alma un tronco despedazado, desnudo, destrozado es árbol jugoso, fuerte y fecundo de sazonados frutos de virtud cortados de un solo golpe por la raiz con la resolucion mas heróica los amables; pero pesados ramos de los afectos. Padres, deudos, riquezas, honores, esperanzas, nada disipa su espíritu, ni distrae su corazon, y aplicando todo su esfuerzo en observar la ley su empleo es la virtud, su cuidado la perfeccion, la santidad su único empeño, su trato con Dios solo, su conversacion en los cielos. A vista de esto á nadie parecerá temeridad el creer que si en el mundo, segun la amenaza de Jesucristo, es neces-

rio que el horroroso estrago del escándalo atropelle su ley; en la religion la aligeran de suerte las sagradas obligaciones que es en cierto modo necesaria la virtud. Si, esclama absorto el gran padre S. Agustin *¡Felix necessitas que in meliora compellit!* Venturosa necesidad la que impone la carga de la religion que impele, y que casi no deja libertad para no ser santo! Necesidad tanto mas suave cuanto ella tiene por origen la propia voluntad, y por raiz una voluntaria sujecion.

No es facil ponderar cuan celoso es el corazon humano de su libertad, y cuanto le domina el ciego amor de la independencia. Como es el movil que gobierna y anima las mas de sus pasiones, enemigo siempre de toda sujecion, las mas dulces obligaciones dimanadas de otra voluntad le parecen amargas, y los vinculos mas estrechos que le impone su gusto ligeros y suaves. Basta que se nos prohiba una cosa para imaginarla apetecible. Basta que se nos mande para que nos parezca dificil. Y cuando el mas ligero golpe de agena mano nos duele como sensible herida; el que descarga la propia nos lisonjea como halago. No estrañeis que poseido el espíritu de un mundano de este secreto orgullo encuentre la carga mas

penosa en una ley racional inspirada por la misma naturaleza; pero que contempla como una forzosa obligacion que á su pesar le estrecha. El, como víctima que tiembla y se estremece á vista del cuchillo, llega gimiendo hasta las aras á sacrificar sus inclinaciones, y arrastrando el yugo de los preceptos que no puede arrojar de sí, luchando en su interior la propia voluntad y la obligacion, aun cuando se horroriza y teme quebrantarla quisiera que no hubiera ley para satisfacer sus deseos. ¡Independencia no solo peligrosa, pero criminal! ¡libertad funesta hija del orgullo y de la soberbia! Pero Dios que sabe rectificar y ordenar las naturales pasiones para que sirvan á la virtud, forma tambien aun de los mismos achaques y defectos de la naturaleza instrumentos que conspiran á nuestro bien. El inspira y conduce á una religiosa á que, convirtiéndose en saludable triaca el veneno, haga de su propia libertad materia del mas heroico y útil merecimiento. Ella por su eleccion y su gusto se obligó á mas de aquello que las comunes leyes ordenan, y fortalecida de la gracia contrae por su voluntad unos solemnes votos con que se sujeta al mas perfecto cumplimiento de la ley. Y para no chocar jamas en el esco-

llo de la independencia y del orgullo, como aquel que despues de haberse servido de una arma peligrosa la arroja de sí para que no le dañe, ella, ya que usó de su libertad para sujetarse, se la consagra á Dios, y por su mismo querer se priva y se despoja de la propia voluntad.

Pondérense ahora, señores, como graves y pesadas sus cargas; sean cuanto imaginareis sus obligaciones gravosas; esta sola refleja de que ella misma inspirada de Dios se las impuso, le sirve de indecible consuelo. Yo lo quise, Señor, dice en lo íntimo de su espíritu; eleccion fué mia, á impulsos de tu gracia, la cruz pesada que llevo sobre mí: severos son tus preceptos; mas yo por mi arbitrio elegí sugetarme á cuanto me ordenas, aun cuando no me lo mandarás: pero por eso mismo tu justa y soberana ley no es peso que me oprime; si dulcísimo fomento que me alienta colocado en medio de mi corazon: *Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei.* Sacrifiqué á tus aras mis bienes, mis esperanzas y mi libertad: despojada de todo no tengo mas que sugecion, penitencia, asperezas y rigor. Pero dichosa yo que en este voluntario sacrificio de mi libertad libre ya de mí misma no encuentro carga que me atribule: *Volunta-*

rie sacrificabo tibi, quoniam ex omni tribulatione eripuisti me. Esto es, señores, lo que en la frase misteriosa de San Pablo significa vivir con la ley; pero no debajo de la ley: esta es la dichosa libertad que con la redencion del pecado vino á establecer el Salvador. Carga que cuanto es mayor para una religiosa es mas ligera; y tanto mas suave, cuanto son las obligaciones mas estrechas.

Punto segundo.

Pero ¿á qué costa? me direis. A costa de mortificaciones y penitencias, á fuerza de austeridad y rigor, y consumiéndose para estar mas libre con la vida mas áspera y penosa. Así sin duda discurreis dentro de vosotros mismos, y quizá cuantas veces habeis oido ponderar aquel dulce poder de la gracia que convierte en suave delicia la mortificacion, habeis creido que se os habla de un portentoso raro y esquisito, ó de un milagro que solo gozaron los primeros afortunados siglos de la iglesia. En efecto, señores, aquel Dios rico de misericordias y consuelos que en otro tiempo se dignaba hacer tan frecuentemente ostentacion del poder de sus dulzuras de su gracia, parece que ha puesto ya un

dique al impetuoso torrente de sus maravillas. Acordámonos de aquellos dichosos dias en que los milagros de la gracia casi no se admiraban por comunes; y sin poder contener no sé que secreto impetu de curiosidad, arrebatados de nuestro propio interes, prorrumpimos en amorosas quejas de su Providencia: ¿á dónde está aquella gracia obradora de portentos que impelia á los fieles á que, llenos de regocijo y de alegría, corrieran á ofrecerse á los rigores mas crueles y á las mas sangrientas persecuciones? Desterrados del trato de los hombres, viviendo entre los brutos, desnudos, hambrientos, ya ilesos en medio de la voracidad de las llamas, y bajo los filos del cuchillo, ya desafiando intrépidos á las fieras, y cantando alegres en la hedionda obscuridad de las cárceles, hacian ver que la mortificacion y las penas eran la dulce y apreciable herencia de los hijos de Jesucristo. Y ¿qué se hizo aquella diestra fecunda de portentos? ¿dónde estan las antiguas misericordias? Callad esos ocultos clamores de una importuna curiosidad, ó de una fe poco viva, y entraos para desagravio de un Dios Redentor, que en todo tiempo se digna visitar y favorecer á un pueblo, al virginal recinto de un claustro. Allí vereis un milagro conti-

nuo, una gracia portentosa que convierte en dulce leche las amargas aguas de la penitencia. Mirad vírgenes tiernas en una edad en que todo las halaga y las lisongea; en que el fuego de las pasiones, fomentado por la poca esperiencia y madurez, no aconseja sino resoluciones precipitadas, ni inspira otro gusto que el placer. Miradlas criadas en la abundancia mas delicada y en el regalo que, arrancándose tal vez con violencia de los brazos de sus madres, abrazan de un golpe una vida que puso horror y espanto aun en hombres robustos á las penitentes soledades de Tebas y de Nitria.

Abramos, señores, alguna vez los ojos á un milagro que tenemos casi entre las manos, y no veamos con indiferencia este portentoso siempre presente á nuestra vista. ¿Qué otra cosa admirais en tantas delicadas doncellas sino un martirio cruel de muchos años, sin otra diferencia sino que en ellas egercita la piedad el oficio que en los mártires egercaba la tiranía? Lo que allá eran cárceles y prisiones, es aquí un retiro y clausura perpetua que aprisiona hasta los sentidos: allá obraba la hambre y necesidad, lo que acá un ayuno casi continuo: entor es una mano inhumana atormentaba los cuerpos,

y hacia derramar la inocente sangre, ahora un brazo penitente despedaza sus propias carnes y derrama la misma sangre que le alimenta: en aquel tiempo las fieras ya se postraban humildes, ya enfurecidas destrozaban á los mártires: en la religion otras fieras mas crueles, cuales son las pasiones, si tal vez rebeldes se enfurecen, rendidas por último se sujetan á la virtud: acababan allá la vida en un martirio muchas veces de pocos dias; acá en un martirio, que dura con la vida; viven no solo resignadas y conformes, mas aun alegres, tranquilas, satisfechas. ¿Y no es esto, señores, decidme un portentoso superior á quantos pueden obrar en nosotros la costumbre ó el genio, el natural sufrimiento ó la indolencia? ¿No es digno de calificarse por un interior milagro de la gracia, no menos admirable que aquellos que Dios obró en sus mártires? Yo os confieso ingenuamente, siempre que con atencion reflexo en la vida religiosa, me parece que veo en cada claustro observante un teatro de maravillas, un milagro tal en cada virgen mortificada que satisfecha mi curiosidad, alentada mi fé, ni envidia, ni deseo haber visto los sucesos mas milagrosos de la era cristiana: ¡tanto es lo que puede y

lo que obra en el hombre la gracia del Señor!

Pero (escuchad lo que es mas digno de admiracion) sirviéndose de un medio al parecer desproporcionado; donde es mayor la mortificacion es mayor la dulzura: mas sólido el placer quanto es mas áspero el rigor. Ni imagineis que sea este uno de aquellos arcanos imperceptibles de la vida espiritual, ó una sutileza sin fondo y sin consecuencia en la práctica. Volved solo á vosotros mismos los ojos, mirad atentamente lo que sois, y comprehended esta verdad tan propia para confundir nuestra tibieza. Formó Dios al hombre compuesto de cuerpo y alma, ésta de la mas noble y pura, aquel de la mas baxa, grosera y deleznable condicion; pero tan conformes y unidos que guardando un órden en que se afanzara la superioridad del espíritu obedecieran y estuvieran sugetas á éste las inclinaciones, los movimientos y los apetitos de la carne. Rompió el primer pecado esta maravillosa armonia, y convertida la obediencia en rebelion se mudó en implacable discordia la amigable conformidad. Opuestos ambos en sus inclinaciones y deseos, luchando siempre sobre quien vence agrada á uno lo que á otro des-

agrada; éste apetece lo que aquel repugna, siendo mortificaciones y penas del uno lo que es placer y contento para el otro. Oprimen, agovian y envilecen los placeres del cuerpo al espíritu tan insensibile entonces éste á su propio daño, que ni aun conoce lo mismo que le esclaviza. Por el contrario el alma en este sedicioso tumulto para mantener tranquila la superior república de sus potencias ha de estrechar con prisiones al cuerpo rebelde; para alegrarse sin sobresalto ha de castigarle severamente, y para gozar de lo racional ha de reducir al último abatimiento y miseria á lo sensitivo. ¿Y es todo esto mas que una consecuencia natural de nuestra estructura y de la discordia de las partes que la componen? ¿No es preciso que quanto contenta al cuerpo sea amarga mortificacion del espíritu, y que solo halle gusto cumplido el alma en la sujecion y penalidad de la carne? ¡Oh! y si como perciben los sentidos los mentirosos groseros placeres que se ven, que se oyen y se tocan, percibieran aquellas interiores dulzuras de una alma en la mortificacion, tanto mas suaves y sólidas quanto son mas íntimas é independientes del capricho; quanto mas puras por ser espirituales, y tanto mas nobles quanto escede

el espíritu á este cuerpo de tierra y de barro. ¿Qué importa que el cuerpo no encuentre en el silencio y el retiro sino tristes imágenes, y melancólicos desabrimientos; si allí mismo el espíritu profundamente absorto en la meditacion de las divinas perfecciones halla en Dios la mas amable compañía? ¿Qué importa que se debilite, desfallezca y se consuma la carne con el ayuno; si entonces mas despejada el alma apacentándose del sabroso manjar de las celestiales inspiraciones gusta la hartura mas cumplida? ¿Qué mucho que se destrozce y despedace el cuerpo con penitencias crueles, que brote por cien bocas copiosa sangre; si cada golpe que se descarga sobre la carne hace el eco mas apacible en el espíritu, y si cada herida es una puerta franca por donde inundan al alma torrente de delicias?

Inferid de esto, señores, con quanta ceguedad se burlan aquellos idólatras de los sentidos, disfrazados censores de la vida religiosa al oír que el penitente mortificado halla mas hartura en el ayuno que el destemplado en la abundancia mas esquisita: mayor contento en la soledad, que el político en la sociedad mas culta: mas delicias en la aspereza y el rigor, que el mundano en la satisfaccion placentera

de los apetitos. Puede el cuerpo dominar al alma de suerte que llegue ésta casi á no sentir su dura esclavitud; ¿y no podrá el espíritu dominar á la carne de modo que difundiendo, y como rebosando ácia ella sus puros gozos llegue por último á experimentar dulces las asperezas? Así se derramaban ácia la carne cruelmente mortificada del apóstol de las gentes Pablo los gozos que sentia en la tribulacion, tan abundantes que no hallando expresion cabal para significarlos se confesaba sobre lleno y rebosando en ellos: *Superabundo gaudio in omni tribulatione*. Estos eran los dulcísimos placeres que el gran apóstol de la India Xavier hallaba vinculados á la tribulacion: *mas, Señor, mas*, clamaba ansioso, cuando los viages y sudores, la hambre y la sed, las fatigas y las persecuciones estaban tan lejos de apurar su sufrimiento que eran el único objeto de sus deseos. Pero este corazon, en cuyo vasto seno cabian hollados todos los tormentos, no siendo bastante á contener en sí aquel océano de dulzuras que en él derramaba la mortificacion, pedia humilde al Señor que contuviera sus favores: *basta, Señor, basta*. Rigores son, señora, asperezas crueles, mortificaciones penosas las que os

prepara la religion. Mal he dicho: vos misma vais á sujetar, á castigar y reducir en vuestro cuerpo un esclavo rebelde para que victoriosa vuestra alma goce una paz tranquila y segura. ¿Y qué egemplar os podia yo poner á la vista de mayor consuelo que el que habeis escogido, y la misma que venerais por fundadora, por maestra y por madre? Acordáos cuando herida Teresa en lo mas profundo del corazon por un ángel, desmayada, fuera de sí, y casi muerta, gemia y lloraba por la vehemencia del dolor; pero el mismo dolor le traia al alma una suavidad tan apacible, tan dulce, tan soberana que ni su lengua alcanzó jamas á explicarla, ni en su corazon hubo vaso capaz de recibirla. Semejante es la suerte á que el Señor por un efecto de su infinita bondad os ha llamado. Nosotros acabariamos de entender aquella dichosa libertad que se afianza en la sujecion y este placer vinculado á la penitencia, si pudiérais ó fuera lícito que vos misma nos explicarais los secretos caminos por donde el Señor os condujo á abrazar este santo instituto, y lo que por vos ha pasado en solo un año. Nos diriais que suspirando por la religion antes de haber conocido al mundo aun en la tierna edad de tres años y medio

explicábais vuestros deseos pronunciando con voces mal formadas el nombre de la religion Teresa. Nos diriais que luego que llegásteis á cargar sobre vos estas estrechas obligaciones habeis experimentado mas ligero el peso de la ley: que si era alta la idea que os habeis formado de la religion, escede infinitamente la que os ha hecho formar su dulce práctica. Pero ¿para qué era necesario que nos dijerais nada? basta ver que cuando todos poseidos de un santo respeto se admiran al veros en una tierna edad abrazar un instituto riguroso: cuando vuestros padres y deudos mal reprimidas las lágrimas se esfuerzan á disimular el dolor; cuando pagando á Dios y á la naturaleza lo que deben por padres y por cristianos mezclándose en su llanto los motivos de una santa envidia, de gozo de vuestra felicidad, de pena de esta entera separacion; vos sola alegre, intrépida rebosando por el semblante el regocijo, daís el mas claro documento de que habeis hallado la verdadera libertad en la sujecion de los votos, y el placer mas sólido en la amarga mortificación.

Llegad, pues, en buena hora en presencia de vuestro esposo á ataros con unas cadenas que no desatará sino la muerte;

pero cadenas de oro que afianzan vuestra libertad. Sacrificaos en sus aras, víctima voluntaria de la pureza y la obediencia, de la pobreza y del retiro; pero bañada de aquel celestial rocío que llena de dulzuras. Y nosotros, señores, á quien la adorable Providencia por sus altos designios llamó á otros estados, confesemos para nuestra edificacion que no hay estado libre de cruz, ni cruz sin sólido consuelo. A todos vino á sujetar y á enseñar el camino del padecer el misericordioso Dios de Israel, que se dignó redimir y favorecer á su pueblo para demostracion de su amor y para nuestra gloria.

SERMON CUARTO

DE PROFESION RELIGIOSA.

Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Paul. ad Colosen. cap. 3. v. 3.

Si la iglesia santa permite que se interrumpa la celebracion del mas augusto de sus misterios, para que entre las solemnidades del adorable sacrificio del Unigénito de Dios anunciemos sus ministros el generoso sacrificio de una jóven vírgen; no es un elogio estéril del estado religioso el que intenta, sino una instruccion que alentando al alma que se le consagra, y poniéndole á la vista sus penosas obligaciones edifique al mismo tiempo al pueblo cristiano. Si vos, hermana mia, que compareceis hoy no solo como víctima ya moribunda sobre el altar, sino como ministro empuñado el agudo cuchillo de vuestros votos que ha de consumir el duro sacrificio que habéis comenzado; y el mundo que lleno de asombro os admira

ra: vos que en la hoguera de vuestro corazon estais soplando el activo fuego de caridad que ha de consumiros á vos misma en holocausto; y el mundo que alaba ó que se compadece de vuestra suerte sois igualmente interesados en esta exhortacion. Por vuestra parte tal vez se os ha presentado aquella muerte á que os sujetais en la religion mas penosa por cuanto es voluntaria; y aunque ella no acobarda vuestra resolucion, os ha llenado de un santo horror: tal vez las inocentes delicias de la paz y vida bienaventurada, que esperais gozar en el cielo del claustro, habrán lisonjeado mas de lo justo vuestro espíritu: el mundo por la suya unas veces se figura á los monasterios como una region de descanso, de comodidad y delicia y como un país en que manan de mil fuentes la dulce miel y sabrosa leche; y otras como un desierto espantoso en donde las almas religiosas gimen y mueren asaltadas de monstruos horrendos que las devoran. Yo bien sé; hermana mia, que instruida por espacio de muchos meses en ese virginal recinto escuela de virtudes por las vivas lecciones del egemplo, ni os atemorizais de las horrorosas imágenes con que pintan la carne y la sangre las obligaciones religiosas, ni os conducis por

una idea engañosa de las delicias y comodidades del claustro. Sé tambien que despreciando los conceptos del mundo, de quien os separais para siempre, mirais con total indiferencia tanto sus admiraciones y elogios como su compasion y desprecio. No obstante de esa contrariedad de juicios que el mundo forma de la vida religiosa, de las mismas tentaciones con que nuestra débil é ignorante naturaleza ya convida y ya retrae al alma de la religion, he de sacar hoy la verdadera idea de vuestro estado.

Es vuestra profesion un misterio lleno de aparentes contradicciones: es una religiosa un sagrado enigma que presenta unidas las cruces del calvario con las delicias del Tabor; obligaciones insoportables de una penosa esclavitud, y suaves ejercicios de amable libertad, penas y consue-
los, gozos y amarguras. En una palabra, la vida religiosa es una muerte espantosa y cruel, y una vida agradable y feliz. Esta es la idea que el grande apóstol de las gentes Pablo daba á los colosenses del estado de un cristiano perfecto: estais (les decia) muertos, y vivis una vida escondida con Cristo en Dios: *mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*. Idea sublime que el sabio

padre S. Gregorio, como si hiciera el retrato de la profesion religiosa, aplicaba oportunamente á aquellas almas que renunciando en el afecto y en el efecto los placeres, intereses y honras mundanas se despojan de todo por Jesucristo. Si que-
reis, pues, amada hermana, comprender cual es vuestro estado: si el mundo ó para su edificacion, ó para confundirse quisiere formar un justo concepto de la vida religiosa, yo creo que ninguno es mas cabal que el que contienen las palabras citadas del apóstol Pablo: *la vida religiosa es una dura muerte: la vida religiosa es una vida aunque oculta la mas feliz*. Para cumplir, pues, con las obligaciones que me impone mi ministerio de exhortar en esta mañana á una jóven virgen y de instruir al mundo en los misterios de la gracia, os haré ver la vida escondida de las religiosas bajo las apariencias de la muerte.

Adorable madre de Dios, la materia que voy á tratar interesa mucho al tierno amor y á la singular proteccion que ejercitais ácia las religiosas vírgenes como egemplar y tutora de ellas: el mundo profano las admira sin conocerlas: el mundo corrompido se compadece de su suerte como miserable y desdichada: el mundo

libertino de ciertos sabios alucinados, las desprecia y condena como inútiles; para enseñar al primero para confusion del segundo, y para condenar el error de los últimos ayudadme con el socorro de vuestra gracia. AVE MARIA.

Entre cuantas espantosas imágenes han trazado los sabios para ponernos á la vista los horrores y la miseria de la muerte, ninguna es mas cabal ni mas fiel que la que en pocos rasgos delineó la angustiada mano del santo Job. Es la muerte un acabamiento de todas las cosas, y una pérdida universal de cuanto hay en el mundo: *Finis universorum; et dies perditionis*. Acabarse todo para el hombre, y el hombre para todo: perder no solo los parientes y amigos, los placeres, riquezas y honores; mas hasta la esperanza de recobrarlos: echarle de sí el mundo, y aun de su memoria como la cosa mas inútil, y como si nunca hubiera sido, ser ya menos para el uso del siglo aun cuando fuese el mayor monarca que un vil jumento, ó un insecto inmundo que se pisa: esto es morir; ¡verdaderamente amarga cosa! ¡miserable suerte es morir! No busquemos ya, hermana mia, para esplicar las obligaciones y empeños, la austeridad y la abnegacion de vuestro estado otras voces ú otras

comparaciones. Digámoslo sencilla y brevemente hoy moris, *mortui enim estis*. Todo lo dejais, y todo os deja: tiene allá el mundo sus placeres y diversiones inocentes; pero no para vos: tuvisteis parientes á quien sin delito alguno tiernamente amábais; pero ya se acabaron: correspondiáis sinceramente la estimacion de quien os apreciaba; pero ya dió fin esa estimacion y ese aprecio: erais dueño sin ofensa de Dios de algunos bienes, y cuando menos de ciertas alhajillas mugeriles; pero ni aun esas teneis ya, porque ese mismo hábito pobre y grosero que vestis no es vuestro, y no sirviéndoos sino como al cadáver la mortaja solo habeis de usar de él para encerraros como en un sepulcro en una celda de pocos pies: *Solum mihi superest sepulchrum*. Sepultada en ella á la manera de un cuerpo muerto teneis ojos; pero no para ver: oidos; mas no para oír: boca, pies y manos; pero no para hablar, tocar ni andar: porque no viendo, no oyendo ni moviéndoos sino como y cuando otros quieren, vuestros movimientos serán como los de un cadáver que solo se inclina y se dirige ácia donde le llevan.

¿Veis cuán espantosa y cuán universal es esta pérdida? pues aún es mas sensible y cruel que la misma muerte.

Esta no tiene jurisdiccion sino sobre el cuerpo; perece el cuerpo, y se acaba en la muerte del hombre; pero aun no muere, ni se acaba el alma eterna é inmortal. La profesion religiosa mas activa aun, no solo es una eterna pérdida de los exteriores bienes del mundo, no solo acaba con el cuerpo, consume sus sentidos é inhabilita sus funciones: es tambien de algun modo muerte del alma: *mortui enim estis*. Algun sencillo consuelo le quedará á una religiosa si arrancada del dulce seno de su casa y parientes pudiera á lo menos recrearse con la tierna memoria de ellos; el universal despojo de las cosas todas no le seria tan doloroso, si le quedara el arbitrio de aquella interior posesion con que el entendimiento discurriendo sobre los objetos exteriores se hace dueño de ellos: por último ya que por su voluntad muere y lo deja todo, parecia razon que por lo menos le quedase esta voluntad. Así parece que debia ser, si la profesion religiosa no fuera un nuevo género de holocausto en que á mas de consumirse y destruirse toda la víctima, se consumen con ella los instrumentos del sacrificio. Desde este mismo punto murió vuestra memoria: patria, parientes, placeres, honores, objetos los mas amables á

la naturaleza, poco seria haberlos renunciado para siempre, si no renunciaseis aun su nombre. No os acordareis jamas, os dice el real Esposo que se ha dignado admitir vuestras bodas, de que tuvisteis casa, ni padres: mis esposas han de borrar de su memoria todos esos nombres de paisanage, de parientes, de nobleza, de sangre para que me agrade su hermosa ofrenda: *obliscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet Rex decorem tuum*. Golpe doloroso, pero indispensable, y que no es sino un preparativo para aquella otra mortal herida que la espada de dos filos de la obediencia vá á hacer en lo mas profundo de vuestra alma privándoos del propio entendimiento y de la propia voluntad. Tendréis sí, abiertos los ojos del entendimiento, dice ingeniosamente el Padre S. Bernardo; pero como Pablo que al entrar en Damasco, teniendo los ojos abiertos, nada veia, sino que caminaba guiado de otros: *apertis oculis nihil videbat*. No habeis de dar un paso con vuestro juicio, ni caminar vagueando con el discurso sobre lo que se manda; sino seguir las huellas de la superior fiada enteramente á sus manos. Y ¿qué mucho que quien no ve sino por otros ojos, nada quiera sino por arbitrio

y por voluntad agena? Aquí es, hermana mia, en donde vais á experimentar lo mas amargo y riguroso de esta muerte, y á hacer frente á las vivas resistencias de una libertad moribunda que espira por su conservacion.

El amor de la independenciam nace con nosotros, y se puede decir que es un fecundo manantial de todas nuestras inclinaciones y movimientos. Los mayores males los reputa el hombre por suaves, como goze de su libertad, y los mas grandes bienes le son penosos en la sujecion y esclavitud. Mas si todas las otras pérdidas de la muerte religiosa son nada en comparacion de esta sola, sin ella solo sirven de fomentar un aborto monstruoso de una religiosa mundana. Obrar no solo contra voluntad, sino querer lo mismo que os repugna, y no querer aquello que mas os inclina; que la violencia os sea dulce y voluntaria; que no haya en vos afecto de que seais absoluta señora; que los interiores movimientos de vuestra alma no tengan otro resorte que el exterior de la voluntad de la prelada, esto es ser obediente. Y no hay que imaginar que esta sujecion se solo para reprimir los afectos é inclinaciones viciosas ó indiferentes: la misma virtud, las acciones por su mate-

ria mas santas hechas contra el dictamen del superior son en sentir del gran Basilio respecto de una religiosa un hurto; y un hurto sacrilego. De suerte que si perder á Dios en vuestro estado seria suma desdicha, buscarle por vuestra propia voluntad seria execrable delito: así es que aquella memoria, aquel entendimiento y voluntad que mueren consagrándose á Dios sin usurpar los divinos derechos no tienen, ni pueden tener cosa suya, ni accion para acordarse, para pensar ó para querer sino por eleccion agena: *mortui enim estis.*

Sobraría, señores, esta enagenacion de aquellas nobilísimas potencias por las cuales y con las cuales vive el alma junta con la universal pérdida de los bienes todos de la tierra; sobraría, digo, para dar á conocer la horrible calidad de esta muerte, á no tener ella otra propiedad que la caracteriza, y que con grandes ventajas la hace mas espantosa que la comun muerte de nuestros cuerpos. Es la muerte la mayor desdicha en lo temporal, pero es tambien la última de las miserias: es el fin de todas las felicidades; pero es igualmente el término de los trabajos y de las penas. ¡Triste consuelo, y melancólico recurso de los infelices que

ya que no pueden gozar de los bienes, se reduzcan á estado de no poder sentir mal alguno! Herid, maltratad á un cadáver; no lo siente: despreciadle; ya no le ofenden las injurias: un vil andrajo es para él lo mismo que una rica púrpura, y todas las desgracias no son capaces de causarle la menor impresion. Así se muere en el mundo; pero mas cruelmente se muere en la religion. Muere una religiosa en el mismo instante en que profesa, y repitiéndose continuamente esta muerte en cada momento puede justamente decir con San Pablo, que todos los dias, todas las horas, y que en todo instante vuelve á morir de nuevo: *quotidie morior.* No tiene el claustro, hermanita, exenciones ó privilegios para no padecer y sentir: esa region que cria santos, no engendra mármoles ni troncos.

Es verdad que en alas de la gracia se remontan allí las almas hasta la serena cumbre del olimpo, en donde respiran un aire libre de los vapores apestados del siglo; pero los inferiores collados no estan exentos de espinas que punzen, de escarpados riscos que no se vencen sino á mucha costa, y de vientos impetuosos que excitan deshechas tempestades: quiero decir, que aunque las almas religiosas

gozen la tranquilidad y pureza de la virtud no estan libres de padecer. Su sacrificio dura tanto como su vida, y como victimas que continuamente palpitan sobre el altar muriendo siempre sin acabar jamas, ni la costumbre, ni el uso repetido de morir las exime de padecer. Bien sabeis que los gustos y placeres mas conformes á nuestra naturaleza, si se repiten, cansan; si se toman por una distribución metódica, fastidian; y si se continúan sin interrumpirse, son carga insufrible. ¿Qué será, pues, una serie jamas interrumpida de prácticas austeras, de ejercicios los mas repugnantes á la carne, en que sin dejar arbitrio á nuestro corazón antojadizo, que se complace en no hacer hoy lo que egencutó ayer, sujeta y arregla su distribución hasta las acciones mas menudas? Leer verdades espantosas; meditar en un obscuro silencio sagrados, pero temibles objetos; cantar las alabanzas del Señor, fijando la inconstancia y volteriedad de la fantasía; trabajar humildemente en una oficina laboriosa; comer y dormir, mas para poder llevar el trabajo y fatiga, que para descanso y recreo; mortificar cruelmente un cuerpo quizá inocente, y esto todos los dias, y esto no á las horas que se quiere, sino á las que se manda y to-

do hasta morir. ¿No es, señora, una continua muerte en que la costumbre y el uso estan tan lejos de suavizar, que antes bien aumentan y agravan las penas? Yo no extraño que la vida religiosa se llame martirio, y que en algun modo se pondere como superior á él. Las mortales heridas por donde los mártires derramaron violentamente toda su sangre: la hoguera que en pocos momentos los reducía á cenizas: las fieras que los destrozaban los libraban en breve de padecer: sus laureles se tegian en pocas horas, y el verdor de sus palmas tardaba poco en madurarse. Almas religiosas, vuestro martirio es mas cruel y mas insufrible: un fuego activo, pero el mas lento os devora sin consumir: las heridas que despedazan al corazón le dejan entero para sentir, y vuestros laureles y palmas no se sazonan para coronaros: sino despues de muchos años: moris sin reserva: moris en el cuerpo y en el alma, y moris con una muerte continua: *mortui enim estis.*

Mas que, hermana mia, ¿he venido yo en esta mañana á atemorizaros en vez de fortaleceros en vuestra magnánima resolución, ú os he pintado con los colores mas tristes esa muerte para escitar en vuestro espíritu unos sentimientos tímidos

que os hagan arrepentir de vuestra venturosa eleccion? nada menos: yo no debia ni podia ocultaros la muerte de vuestro sacrificio; pero alentaos, porque si moris, solo es para vivir desde ahora una vida escondida bajo el velo de esa misma muerte: *mortui estis, et vita vestra abscondita est.*

Punto segundo.

Ninguno ignora que aquella noble vida que distingue á los hombres y los hace superiores á los brutos, que casi los iguala á los ángeles asemejándolos á Dios consiste en el egercicio del entendimiento y de la voluntad. El gozo de los sentidos, y la posesion de los bienes caducos es, en su modo, comun á los brutos, y en tal grado que mientras mas se vive por ellos, menos racionalmente se vive. Conocer sin engaño la verdad, y amar la bondad sin mezcla de pasion es, aun prescindiendo de las luces de la fe, la vida racional del hombre. Si yo pudiera presentaros aquí las diferentes clases de esos que viven segun el mundo, y haceros entrar hasta el fondo de su alma, veriais su entendimiento y voluntad tan ajenos de vida, que sin duda diriais de cada uno lo que allá en Patmos escribia San Juan

al obispo de Sardis: tú parece que vives; pero estás muerto: *nomen habes quod vivas sed mortuus es.* ¿Veis aquel poderoso que vida tan feliz, que opulencia en su casa, que magnificencia en su trato, que ricos tesoros en las arcas, que todos se le rinden, y todos ceden á su dinero? Mas esa feliz vida no es sino un sepulcro blanqueado en donde yacen un entendimiento que en un mortal letargo dia y noche delirá sobre nuevos modos de adquirir y de conservar, juzgándose dueño de las riquezas de que es esclavo; y una voluntad que anhela sin sosiego por la vanidad, y que jamas se satisface: *nomen habes quod vivas, sed mortuus es.* ¿Veis aquellos envidiados personajes gozando la vida entre aplausos y adoraciones, entre placeres y regocijos? Pues corred el velo, y hallareis que, apagadas y casi muertas las luces de la razon con el humo de la soberbia, y con las nieblas que levantan los gustos mundanos, tropieza á cada paso su entendimiento con el error y con el engaño: hallareis una voluntad mortalmente enferma, y que acometida de la ira, de las desconfianzas, de los zelos, de los temores jamas descansa, ni se quita. Ellos parecen que viven, y gimen en la region, y en las som-

bras de la muerte: *in deliciis vivens mortuus est.*

Por el contrario: si yo entro á un monasterio de religiosas bajo el triste velo de pobreza, de abatimientos y de muerte, descubro unos espíritus que libres de cuidados, de penosas atenciones, de negocios superiores á los sentidos y como desprendidos de la carne que agrava y entorpece al alma tienen despejada la mente para conocer la verdad, y desembarazada la voluntad del tumulto de afectos inquietos. ¡Qué juicios tan rectos se forman de la nada y vileza de todo lo terreno; qué discursos tan sólidos sobre la ridícula vanidad de cuanto el mundo estima por grande! ¡Cómo reposan tranquilamente aquellas voluntades amando lo bueno, y aborreciendo lo que es malo sin que la envidia las muerda, sin que la ira las despedace, sin que los recelos las inquieten y consuman! Cómo muertas nada pueden tener, y así nada les falta y nada desean: nada son en el mundo, el mundo para ellas es nada, y así nada les fatiga, ni las incomoda. Paradoxas, señores, que, por mas que una crítica irreligiosa se burle de ellas, son conformes á una juiciosa filosofía, las confirma la experiencia diaria, y sobre todo la fe las auto-

riza con el divino oráculo de San Pablo: quien vive segun la carne, muere, y solo viven racionalmente los que muertos á los sentidos tienen libre el uso del entendimiento y de la voluntad: *si secundum carnem vixeritis moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis vivetis.*

Mas si en todos los claustros se oculta esta racional vida ¿cuánto es ella mas excelente en el que habeis escogido, hermana mia, y adonde Dios por un efecto de su misericordia os ha conducido? Vive inmortal en nuestros corazones el aprecio y honor que se debe á los diferentes institutos de religiosas virgenes; pero si ellos brillan en el cielo de la iglesia, y resplandecen como otras tantas hermosas estrellas desemejantes en la claridad; si unos le adornan y se distinguen por su pobreza y mortificacion, otros por la frecuente asistencia del coro, aquellos por la educacion de la juventud, y todos por su pureza y regular observancia: el instituto de la gran madre santa Brígida puede llamarse con razon el instituto racional. ¿Y no merece este renombre un instituto que, sin sujetar la carne á rigorosas frecuentes austeridades, dirige á sus hijos por el continuo egercicio de la oracion y meditacion de las verdades.

eternas? ¿Y es este otra cosa que el ejercicio y uso cristiano de memoria, entendimiento y voluntad con que se perfecciona la vida racional del alma? ¡O y qué objetos se os preparan, hermana mia, en que descansan racionalmente vuestro entendimiento y vuestra voluntad, y que esperamenteis cuál noble es la vida del alma en estas tres horas que por lo menos habeis de dedicar diariamente á la oracion! ¡qué verdades tan sencillas, pero tan puras! ¡tan sublimes, pero tan sólidas y perceptibles! ¡con cuánta satisfaccion conoceréis cuán grande es Dios, y cuán nada es la criatura! ¡cómo subireis unas veces hasta el empireo á ver (cuánto cabe en esta mortal carne) la incomparable hermosura de Dios, la grandeza de sus cortesanos, y la belleza de aquella corte! ¡cómo descendereis otras hasta el abismo, y se os presentará aquel negro voracísimo fuego, aquellas horribles cárceles, aquellas infelices víctimas eternas del furor divino! ¡Perfecciones infinitas de Dios, océano en que se pierde todo entendimiento, abominable fealdad de la culpa, virtudes y pasiones del corazon, cielo, infierno, tierra, Dios, ángeles, hombres: todo será un objeto en que descansase, con que viva vuestro entendimiento!

A esta vida corresponderá en vuestra voluntad otra vida de afectos, unos dulces y otros austeros: unos de amor y ternura, otros de horror y aborrecimientos; pero todos nobles, y todos racionales. Al conocimiento de Dios, de su hermosura y de sus misericordias un amor que os transporte. Al del pecado abominable y espantoso un aborrecimiento mortal. Al del mundo y sus vanidades un disgusto amargo. Al del cielo y de su eterna dicha unos insaciables pero suaves deseos de poseerla. Tal es la vida racional que vais á vivir, y que oculta la muerte de vuestra profesion: *vita vestra abscondita est*. Pero he dicho poco; porque esa vida oculta, no menos que en el mismo Dios, es una vida á mas de racional divina: *vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*. Dejemos por ahora aquellos titulos comunes á los otros justos, fundamentos de la vida divina que gozan, ya por ser miembros de un cuerpo de que es cabeza el hombre Dios, ya por que por la gracia participan y se asemejan al ser divino, ya finalmente por aquella especial morada que tiene en sus almas el divino espíritu: que si así vivifica el Señor á los que no habiendo aun renunciado efectivamente el mundo y sus usos viven de algun

modo para sí, la vida de una religiosa perfecta, muerta enteramente al mundo y á sí misma, toda oculta y encerrada en Cristo su esposo, tiene algo sin duda de mas sublime y escelente. Ni quiso significar otra cosa el Apóstol de las gentes en esa vida oculta, que aquella misteriosa transformacion de Dios en el alma, y del alma en Dios que predicaba de sí mismo: vivo yo, pero no soy yo quien vivo, porque quien vive en mí es Jesucristo: *vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.*

Misterioso enigma, religiosas virgenes, que encierra la ventajosa recompensa con que desde esta mortal peregrinacion remunera Dios muchas veces á sus esposas. Renunciasteis bienes de tierra deleznales y perecederos, y se os concede el goce de los bienes sólidos del mismo Cristo. Moristeis á vuestra alma despojándoos de vuestro entendimiento y voluntad, y estableciendo un comercio de vida vais á vivir en Cristo y por Cristo. Intimamente unido á vuestras almas, él obra cuanto obráis; si oráis, Cristo ora; si trabajáis, él es el que trabaja; si os afligís y lloráis, Cristo llora y se aflige; si entendéis, si amáis, él ama y entiende en vosotras: *vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.* Con razon el santo apóstol Pa-

blo da el epiteto de escondida á esta vida en la que se descubren no sé que rasgos, y semejanzas aunque imperfectas del inefable misterio de la Trinidad que por antonomasia se apellida misterio escondido á los siglos. Vive el padre en el hijo, y el hijo en el padre, sin detrimento de la distincion de personas, ambos viven en el divino espíritu siendo una la vida de los tres. Vivís, almas felices, en Cristo, y Cristo vive en vosotras: endiosadas y deificadas (dice el angelico doctor santo Tomas) como el hierro encendido en una ardiente fragua que sin dejar de ser hierro tiene todas las propiedades del fuego, ó como un tronco estéril en que se ingiere una rama de árbol fructífero que produce y se colma de frutos, y siendo agenos son ya suyos, teneis una vida mas que humana, y producís unos frutos divinos. Pero ¿cómo se obra este prodigio de la gracia, y en qué sentido debe entenderse este misterio? Confieso humildemente, señoras, que ni le sé explicar, ni puedo comprenderle; pero aunque no alcanzo esta maravilla del divino amor, ella me sirve para formar alguna idea de aquellos extraordinarios favores que Dios muchas veces ha hecho á sus esposas; que con una critica audaz han censurado aque-

llos sabios carnales que blasfeman todo lo que ignoran. Permutas amorosas de corazon entre Dios y la criatura, habitacion deliciosa y regalada de Cristo en el seno del alma, arras y desposorios tiernos, he ridas de amor al paso que dulces mortales que privan de la vida: portentos que Dios ha obrado con las Catalinas y las Gertrudis, con las Rosas y las Teresas: nada me parece en ellas increíble porque todas entendidas en un sentido sano y espiritual son menos que esta transformacion del alma en Cristo, y esta comunicacion mística de vidas. Disculpadme, amada hermana, si yo no esplico de una manera inteligible lo que con tantas ansias querriais entender. Pero confiad en el amor de vuestro esposo que llegará el dia en que conociendo por una feliz experiencia lo que no comprendeis por mis voces, esclameis llena de indecible placer: como se me dijo, así es como se vive en la santa casa de Dios: *sicut audivimus sic vidimus in civitate Dei nostri*. Las libertades de vuestro esposo, todo amor y todo poder, no se han abreviado para no señalaros con aquellos favores que hizo á otras santas almas. Vos sois la que habeis de trabajar incesantemente en no poner estorbos que contengan los rios caudalo-

sos de gracias que van á inundar vuestro corazon. Si reservais algo de la victima, no muriendo enteramente á vos misma, si fastidiada del maná suspirais alguna vez por las viandas de Egipto, si queda algun seno en vuestro corazon ocupado de afecto de tierra; ni Dios acepta la ofrenda, ni gustareis los placeres sabrosos de la religion, ni os llenará con su habitacion el esposo. Si moris al mundo y á vos misma, vivireis; si renunciáis cuerpo, alma, entendimiento, voluntad, vivirá Cristo en vos; si dejais de ser cuanto sois, os transformareis en Dios, y gozareis una vida divina que sea acá en la tierra un remedo feliz de aquella eterna vida que os prepara vuestro esposo en la gloria.